

## COMUNICACIÓN

### *El rastro de Himilce*

Miguel Vega Blázquez

A veces, la escasez de datos históricos sobre un personaje lo hace, precisamente, mucho más fascinante. A Himilce, la famosa princesa de Cástulo, se le pierde pronto el rastro. Después de su boda con Aníbal y del nacimiento de su hijo, la vida de la castulonense es un completo misterio, motivo evidente que incita a la fabulación y que nos hace preguntarnos en qué ocupó tan insigne personaje el resto de sus días. Que una figura histórica de la talla de Himilce sea susceptible de fabulaciones y de invenciones de diversa índole es lo que la acerca al mito; esto y, en el caso de nuestra princesa, su indudable belleza, atestiguada en su propio nombre. Rafael Contreras de la Paz, en un espléndido trabajo sobre prosografía castulonense, nos indica al respecto cuál es el significado del nombre púnico de la esposa de Aníbal: una raíz *Hin-* y un sufijo *-Melkert* que hace referencia a la divinidad cartaginesa Melkart (a la cual se le había consagrado un templo en Gádir, templo que visitaron Aníbal, Himilce y su hijo recién nacido, según nos relata Silio Itálico en su poema *Púnica*). Se podría traducir, por tanto, el nombre de Himilce como “la protegida de Melkart”, algo así como la predilecta o la preferida, a causa, probablemente, de su distinción y de una singular hermosura. Nos encontramos, pues, con una radiante princesa íbera casada con el general más poderoso de Cartago (en la que tal vez sea la primera boda de un caudillo extranjero con una mujer de la península); y, a partir de ahí, la separación, la campaña militar de Aníbal hacia Italia y el más absoluto secreto en torno a la existencia de la bella Himilce. Es lógico que nazca el mito.

Si nos atenemos a la Himilce que aparece en las fuentes textuales, tenemos que ceñirnos a las citas de Silio Itálico en su poema *Púnica* y de Tito Livio en sus *Anales*. Este último, en sus *Anales*, refiere [*Historia biográfica de la antigua Cástulo*, Contreras de la Paz, 1999: 40]: “Cástulo, ciudad de España fuerte y noble y tan adicta a los cartagineses que la esposa de Aníbal era de allí, pasó sin embargo a los romanos”. Es evidente, según se desprende de estas palabras, que la ciudad de Cástulo era muy relevante en aquella Hispania cartaginesa; no sólo por su *oppidum* o muralla fortificada que la circundaba, sino también por su enclave estratégico y por la riqueza minera de su entorno. Debió, por estas razones, ser muy frecuentada por los caudillos cartagineses en general y por Aníbal en particular (incluso antes de ser proclamado comandante en jefe de todos los ejércitos de Iberia). Fruto de estas fluidas relaciones fue el matrimonio de Aníbal con Himilce; acaso también, por qué no, como enlace político para asegurarse así la lealtad de aquel importante bastión íbero.

Silio Itálico, a través de los versos de *Púnica*, nos informa de la visita al templo de Melkart junto a su esposa y su hijo para pedirle protección en su inminente campaña militar contra Italia. Además, da cuenta de la petición del propio Aníbal a Himilce intentando persuadirla de que permanezca en Gádir con su hijo

durante su ausencia, para concluir atribuyéndole a la princesa íbera una genealogía helénica y mitológica, emparentándola con la ninfa Mirice. Si examinamos cuidadosamente el texto de Itálico [Contreras de la Paz, 1999: 40], encontraremos muchas pistas que nos pueden llevar a diversas interpretaciones. Por un lado, vuelve a dejarnos claro que Himilce no es sólo la esposa de Aníbal (de ahí el relato de su ficticia ascendencia griega), lo que nos sugiere una vez más que se trataba de una aristócrata de una belleza y una elegancia portentosas. Himilce, pues, era un ser especial, capaz de cautivar al todopoderoso Aníbal y de avalar esa relación con un hijo varón de nombre desconocido.

Por otro lado, esa visita al templo de Melkart nos desvela de alguna manera las intenciones de Aníbal: él se marcha en una campaña militar sin precedentes hacia Italia; en su empeño por acabar con Roma, ni siquiera el propio caudillo cartaginés sabe si regresará victorioso o si jamás volverá. Es, en cierto modo, una despedida. Pero también un intento de convencer a Himilce para que no retorne a Cástulo con su hijo, porque, cuando él abandone Hispania, las naves romanas aprovecharán para arribar a las costas catalanas, y, si en su avance su mujer y su hijo caen en manos de los generales itálicos, pueden convertirse en moneda de cambio en esa guerra inacabable. ¿Accedería Himilce a permanecer en Gádir alejada de su familia y de sus compatriotas oretanos? Silio Itálico no nos lo cuenta en su poema. Y aquí comienzan las especulaciones.

López Pinto, en su *Historia apologética de Cástulo*, recoge la siguiente leyenda: Himilce volvió a Cástulo junto a su hijo Haspar (nombre más que improbable) tras la partida de Aníbal. Durante los siguientes años, los cartagineses sufrieron continuas derrotas en la península y decidieron, para cambiar la suerte adversa y aplacar la cólera del dios Moloch, sacrificar a una serie de niños sorteados al azar. Uno de los llamados a este sacrificio fue Haspar, pero Aníbal, al enterarse de la noticia, envió una misiva desde Italia para que Himilce no accediera a entregar a su hijo. Haspar se salvó de la voracidad de Moloch, sin embargo, murió poco después junto a su madre en una epidemia de peste que se declaró en Cástulo.

Parece bastante novelesca esta versión de la historia de Himilce en la que acaban muriendo madre e hijo, cuando lo más lógico es que pasaran en Cástulo el resto de sus días ante el abandono, e incluso el olvido, del poderoso caudillo Aníbal; pero ya trataremos este tema más adelante.

Otra extendida creencia es la de atribuir la identidad de Himilce a la estatua de piedra que se erige en la fuente de los leones en Baeza. Bien es cierto que los leones ibéricos proceden de Cástulo, no obstante, no hay nada que demuestre que esa pequeña figura femenina sea una representación de la princesa castulense. Otra puerta abierta al ensueño.

Precisamente el ensueño es lo que produce las obras literarias: el ensueño de los escritores y poetas. Y algunos escritores y poetas han soñado a Himilce en sus textos. Un filólogo alemán, Gisbert Haefs, y dos escritores locales, el poeta Do-

mingo F. Faílde y yo mismo, hemos aportado en nuestras respectivas obras diferentes enfoques sobre la enigmática personalidad de Himilce. Trataremos de exponer, a continuación, esas interpretaciones literarias, ya que, en este caso, la literatura puede funcionar como hipótesis y acercamiento allí donde la historia encuentra escollos difícilmente salvables. Cedamos el protagonismo, primeramente, a la poesía.

Domingo Faílde publica en 1982 su poemario *Cinco cantos a Himilce*. Tomando como referencia a la histórica dama castulonense, el poeta personifica a la tierra andaluza (a lo largo de todo su devenir histórico) en la figura femenina de Himilce. Durante la obra nos deja retazos de su personalidad, de su apariencia, de sus avatares. Es especialmente destacable su predisposición para el canto [*Cinco cantos a Himilce*, Faílde, 1982: 17]: “*por los olivos/ suena a fiesta tu voz...*”, escribe Faílde, quien más adelante insiste en el tema adornándolo con una atmósfera que nos sugiere lo ritual, lo religioso [Faílde, 1982: 45]: “*y añoras la furtiva canción de otro tiempo,/ bajo la misma luna*”. Esa luna que era uno de los dioses tutelares de los pueblos íberos, y a la que se consagrarían himnos y plegarias. Pero además de su voz, el poeta otorga a Himilce otro don: su perfume, signo de feminidad y de distinción al mismo tiempo. Dicen los versos al respecto [Faílde, 1982: 67]: “*tu voz, tu cristalino/ vaivén desmelenado, el aroma/ inasible y fugaz de los mirtos*”. Y por último, Domingo Faílde nos habla, sobre todo, de su belleza, de una belleza voluptuosa y apasionada. Baste este hermoso poema para ejemplificarlo [Faílde, 1982: 79]:

*Himilce,  
la de siempre, tú misma,  
la del cabello suelto,  
la del vientre poblado  
de espigas y metales;  
tan ancha,  
tan morena,  
tan radiante y fecunda, amada mía;  
tú misma,  
la de brazos abiertos,  
la del pubis surcado de olivos,  
la del ardiente sexo navegable,  
sencillamente tú, soberana,  
tu corazón y el mío sobre la tierra:  
viviré mientras seas,  
tomando despacioso tu carne y tu aliento.*

*Y cuando yo me vaya,  
de ti cubierto, amor, me iré cantando  
camino a las estrellas tu nombre  
de fuego y simientes:  
¡Himilce! ¡Himilce! ¡Himilce!*

En 1989, el filólogo alemán Gisbert Haefs publica la novela histórica *Aníbal*, sobre la vida del caudillo cartaginés. En ella dedica algunos pasajes a su esposa Himilce y nos ofrece una posible versión de su destino. Menciona, en primer lugar, el enlace con una princesa íbera que adoptó el nombre de Himilce; también alude al viaje en barco que hacen juntos para visitar el templo de Melkart en Gádir. El nombre que utiliza el novelista para referirse al hijo de Himilce es Amílcar, el mismo que tenía el padre de Aníbal. Nos detalla que Himilce y su hijo residían en la región del nacimiento del Baitis, es decir, en Cástulo, y que pasaban temporadas en Cartago Nova, cuando Aníbal se encontraba allí. En un diálogo con su fiel Antígono nos revela la preocupación del general cartaginés por la suerte que puedan correr su mujer y su hijo en el momento en que él inicie su expedición militar y el pretor romano Publio Cornelio Escipión se atreva a poner los pies en Iberia. Intenta en vano que Himilce y el pequeño Amílcar viajen a Kart-Hadtha, en Libia, y pide ayuda a Antígono para que la convenza. Más adelante, ya acampado en los Alpes, recibe una carta que le informa de lo siguiente [*Aníbal*, Haefs, 1991: 482-483]:

*“Tras el desembarco de los romanos en Iberia, Himilce y el pequeño Amílcar cogieron un barco que se dirigía a Kart-Hadtha en Libia. El barco iba en un grupo de siete naves, una pequeña flota que llevaba noticias y plata. Uno de los barcos cargado con plata llegó a su destino. Los otros se hundieron. Con su mujer y su hijo”.*

De este modo soluciona Haefs el dilema que presenta la cuestión sobre el devenir de la familia de Aníbal; como históricamente nada más se sabe de ellos, decide manejar el recurso más sencillo: acabar con sus vidas. No me pareció justo cuando lo leí, y quizás desde aquel día empecé a construir en mi imaginación otro destino más digno de una mujer de la altura de Himilce, una vida propia de una dama tan singular como tuvo que serlo ella.

En septiembre de 2004 publiqué en la Diputación Provincial de Jaén mi obra narrativa *Tríptico de Cástulo*. En la segunda parte de ese libro, titulada “La predilecta de Melkart”, di cuenta en forma novelesca de esa historia de Himilce que nunca fue escrita. Primero la caractericé según me dictaban mis ensoñaciones: mujer espléndida de belleza superior, de cabellos rubios y ojos claros (basándome en unos ficticios ancestros celtas), y con un don muy especial: una voz absolutamente cautivadora (invocando de nuevo su estirpe céltica) capaz de interpretar los cantos más antiguos con la mayor pureza y transparencia. Coincidió, curiosamente, en este aspecto con lo escrito mucho antes por Domingo Failde en sus *Cinco cantos a Himilce*, poemas que, por entonces, yo no había leído. A veces, las iluminaciones literarias suelen traer aparejadas estas coincidencias.

Seguí un poco el hilo de lo contado por Gisbert Haefs en su novela, esto es, la partida de Himilce y su hijo en una flota de barcos hacia Libia. También en

mi historia los barcos se hundieron antes de llegar a las costas africanas, y, del mismo modo, le hacen llegar estas noticias a Aníbal; sin embargo, en mi narración no mueren, porque ni Himilce ni su hijo salieron jamás de Cástulo, fueron dos impostores los enviados a Cartago Nova para ocupar el lugar de la esposa y el vástago oretano de Aníbal y engañar así a los cartagineses. Al hundirse la flota, perecieron los sirvientes que habían actuado como impostores, pero también la identidad de Himilce y de su hijo, que tuvieron que vivir ocultos en el palacio del rey de Cástulo en tanto la ciudad estuviese en poder de los hermanos de Aníbal. Así que cuando Publio Cornelio Escipión y su hermano Cneo atravesaron el Saltus Castulonensis (lo que hoy es Despeñaperros) y tomaron Ilturgis y Cástulo, Himilce pudo ser de nuevo ella misma y agradeció a Roma su liberación (el engaño tramado la había separado para siempre de los Bárquidas).

La relación de Himilce con Publio Cornelio Escipión, que se quedó varios años en Cástulo, fue inmejorable, y fue la propia princesa la que le presentó a Cerdubelo, el castulonense que luego jugaría un papel decisivo en la romanización de la ciudad. Cuando los cartagineses, con fuerzas redobladas, reconquistan la Oretania en el 212 a. C. y los elefantes del príncipe Massinisa aplastan a las fuerzas romanas de Cástulo, Himilce huye con su hijo al Saltus Castulonensis. Publio Cornelio Escipión, entretanto, encontrará la muerte allí, defendiendo hasta el final la ciudad amurallada donde fue feliz por un tiempo. Himilcón queda al frente de las tropas cartaginesas en la capital oretana, e Himilce opta por regresar junto a Cerdubelo días después con la apariencia de una vulgar esclava.

Tendrán que transcurrir casi seis años hasta que Publio Cornelio Escipión, el Africano, hijo del Publio muerto en combate, desembarque en Hispania y vaya ganando territorios desde Tarragona hacia el sur, donde arrasará Ilturgis para, acto seguido, partir, herido en el cuello, en dirección a Cástulo con ánimo vindicativo hacia aquellos que acabaron con la vida de su padre. Fue entonces decisivo el concurso de Cerdubelo para entregar la ciudad al ejército romano mediante un pacto de rendición, y una de las bazas a favor para calmar la cólera de Escipión tuvo que ser Himilce, que había conocido bien a su padre; ella debió de ser la garantía para ese acuerdo de paz. Y ése fue el destino de Himilce en *Triptico de Cástulo*: pasar el resto de sus días en la tranquilidad de su residencia castulonense como ciudadana romana y sin los sobresaltos de las pasadas guerras.

Concluyo esta comunicación incluida en el núcleo temático sobre Cástulo reiterando la opinión personal de que dos disciplinas tan aparentemente divergentes como son la Historia y la Literatura pueden relacionarse provechosamente en muchos casos. En la mayoría de ocasiones es la Literatura la que se nutre de la Historia y siempre mantendrá con ella una deuda de agradecimiento; en otras, es la Historia la que debe reconocerle aspectos divulgativos, y a veces de estímulo para nuevas investigaciones, a las obras literarias dignas de llamarse así. En este sentido, el caso de la princesa de Cástulo me parece ejemplar.

No quisiera despedirme sin leer un poema que escribí hace algunos años sobre la figura de Himilce y que tuvo a bien publicarlo en el periódico *Linares Información* el amigo Francisco de Paula Sánchez. A él se lo dedico aquí esta tarde:

### **PUREZA**

*A la memoria de Himilce, princesa de Cástulo, mujer extraordinaria que me ha permitido a mí, 2.200 años después, vivir dos jornadas de imborrables emociones: la del 14 de enero en el palacio de la Diputación de Jaén y la del 9 de marzo en el instituto Huarte de San Juan de Linares.*

Un amanecer limpio sobre olivares a 140 kms. por hora.  
El rugido del motor, acallado  
por una de las Cantatas de Johann Sebastian Bach.  
Cruzo la frontera granadina a hora temprana  
y unos minutos más adelante atravieso un paisaje nevado:  
el blancor destella en impolutas planicies siberianas.  
Todo lo que alcanza mi vista –campos, rocas, montañas–  
es radiante blancura.  
La pureza me detiene, me hace bajar del coche  
y pisar con mis zapatos negros el virginal manto helado.  
Hundo mis manos en la nieve de marzo...

...Y recordé entonces las manos blancas de Himilce,  
recogiendo entre el musgo invernal de los despeñaderos  
la nieve sagrada, para que la mastique,  
para que la beba su amante,  
el pretor Publio Cornelio Escipión.

## **Bibliografía**

- BLÁZQUEZ, José María: *Cástulo I. Actas de arqueología hispánica*, 1975.
- CONTRERAS DE LA PAZ, Rafael: *Historia biográfica de la antigua Cástulo*. Córdoba, Cajasur, 1999.
- FAÍLDE, Domingo: *Cinco cantos a Himilce*. La Carolina, La Peñuela, 1982.
- HAEFS, Gisbert: *Aníbal*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.
- LÓPEZ PINTO, G.: *Historia apologética de Cástulo*. Biblioteca Nacional, Ms. 1251.
- SOLER BELDA, Ramón: *Breve historia de Linares*. Linares, Entrelibros - CEHA, 2000.
- VEGA BLÁZQUEZ, Miguel: *Triptico de Cástulo*. Diputación Provincial de Jaén, 2004.